

05. El sacrificio

Gabriel Deledda



Capítulo 1

La casa que Ismael y yo construimos se distinguía, entre todas las casas del pueblo, por sus balcones con flores y sus puertas con aldaba, pero también por esa peculiaridad casi mágica que le permitía mantenerse seca en las noches de lluvia y fresca en los días más sofocantes del verano. Las paredes eran como láminas de cristal, frágiles y brillantes, y el suelo poseía una consistencia rugosa y tibia, como el lomo de un gigantesco elefante. Teníamos también un huerto lleno de árboles muy frondosos y fértiles, y justo en medio del patio había crecido una mata de flores de pétalos iridiscentes. Ismael decía que Dios nos había bendecido con todas esas cosas extraordinarias, con todos esos regalos, pero yo a veces creía que eran más bien cosas del diablo.

Ismael era el jardinero del pueblo. Anteriormente, cuando vivíamos en la ciudad, se dedicaba a ejercer su profesión de médico, pero decidió abandonarla cuando un niño moribundo le suplicó que lo salvara y él no pudo hacerlo. Desde entonces, guardaba una fotografía de ese niño en uno de los bolsillos de su camisa, como recordatorio de que la Muerte siempre andaba pisándonos los talones. Se dedicaba a ofrecer sus servicios en las casas más grandes y a las familias más pudientes del pueblo, y gracias a Dios nunca le faltaba trabajo. Yo era maestra de jardín de niños, y me dediqué a eso de más joven, pero cuando nos mudamos al pueblo Ismael determinó que él se encargaría de trabajar y que yo me ocuparía de las labores domésticas y de cuidar a todos los niños que Dios tuviera a bien encomendarnos. Fue una imposición con fines prácticos. Al principio, sin embargo, me sentí muy disgustada y hasta pensé en abandonar a mi marido y retomar mi vida normal en la ciudad. Ahora estaba contenta de no haberlo hecho.

Ismael y yo éramos bastante jóvenes y manteníamos relaciones sexuales con una frecuencia normal, pero no habíamos podido engendrar. Él a veces me lo reprochaba, y decía que todo era culpa mía, porque yo había tenido otros hombres antes que él y hasta había abortado en una oportunidad. Le conté la historia de mi desgracia. Le conté cómo un joven, algo mayor que yo, me sedujo con mentiras y me embarazó sin que yo tuviera consciencia de lo que ocurría. Le conté cómo mi malvada madre me obligó a abortar, y cómo de ese modo ambas nos convertimos en asesinas. Por último, caí de rodillas en el suelo y besé sus manos para que me perdonara.

—¡Estás maldita, Adelaida! —me gritó desde las escaleras, mientras subía y subía a grandes zancadas a nuestra habitación en el segundo piso.

Yo lo seguí, descalza, en camisón de dormir. Llamé a nuestra puerta

varias veces, llorando y amaratándome los nudillos, pero él no respondió.

Los niños del vecindario a menudo venían a visitarnos, correteaban como locos a través de los pasillos y se escondían dentro de los roperos y debajo de las camas, y hasta entraban a la cocina buscando cosas de comer. Yo preparaba para ellos tartas de pera y de manzana en el horno de barro. Ismael, en cambio, se divertía jugando con ellos: los asustaba apareciéndose como un fantasma entre los pasillos, los levantaba en vilo y los llevaba volando hacia el huerto, los ayudaba a organizar partidos de algún deporte que resultaba incomprensible para mí. Las risas de los niños se propagaban por toda la casa, por cada pasillo, por cada esquina y por cada habitación.

A la caída de la noche, sin embargo, todos esos niños se retiraban a sus casas y la nuestra volvía a hundirse en el silencio. Yo me encargaba de recoger el desastre de los niños, de levantar los vidrios rotos y las migajas de tarta, de limpiar el caramelo que se había adherido a las paredes y de juntar los desperdicios dentro de una bolsa grande. Mientras tanto, Ismael se encargaba de preparar la cena. Resultaba curioso, pero él era mejor cocinero que yo y nunca había tenido prejuicios al respecto.

Cenábamos a solas, en la enorme mesa para cuatro que habíamos encargado a una tienda de la ciudad. Él apenas abría la boca, y casi siempre para hacer algún comentario acerca de alguno de los niños: de Efraín, que podía sorber leche por la nariz; de Esteban, que era capaz de lanzarse desde una ventana del segundo piso y levitar unos segundos antes de que sus pies alcanzaran el suelo; de Juan Enrique, que era delicado y mimado como una niña. Decía todas esas cosas con un entusiasmo que no le cabía en el pecho y que a mí me sonaba como a reproche. Solía hablar también de su trabajo, que consistía básicamente en podar y regar jardines, pero dejó de hacerlo el día en que se dio cuenta lo mucho que me aburría oír sus historias.

—Es triste pensar que todo este espacio esté vacío casi todo el tiempo —me dijo una vez, mientras troceaba con un cuchillo su pieza de carne.

—Tienes razón —asentí, sin despegar los ojos del plato.

Él golpeó la mesa con la palma de su mano, provocando que las copas tambalearan y que los cubiertos tintinearan. Yo me asusté.

—¡No te atrevas a ser condescendiente conmigo! —bufó Ismael—. Tú no quieres tener hijos, pero eres demasiado cobarde para decírmelo.

Tal vez él tenía razón. Nunca me lo había preguntado a mí misma seriamente. ¿En realidad deseaba ser madre y ocuparme de un niño llorón

y estúpido?

Los días continuaron iguales durante un tiempo más, hasta que una tarde uno de los niños se trepó a un árbol del huerto, se resbaló al tratar de sostenerse de una rama y se partió la nuca al estrellarse contra el suelo. Era el árbol más alto y antiguo de todos, medía casi cuatro metros de altura y, desde entonces, fue conocido como el Árbol de la Ciencia. Los niños, por órdenes de sus padres, dejaron de venir de visita a nuestra casa. Las tardes se hicieron eternas, insoportables. Los minutos empezaron a agolparse unos contra otros, como canicas dentro de un tubo de goma.

Ismael y yo empezamos a tener relaciones con mayor frecuencia que antes, con la única finalidad de matar el tiempo. Habíamos perdido, pues, toda esperanza de que yo quedara embarazada. Él me envolvía con sus brazos, con toda la fuerza de su virilidad, y me sometía al placer de su pene erecto. A veces me colocaba sobre él, acaballándolo, y me movía suavemente, con la sensación de que él explotaría tarde o temprano. Otras veces, él se colocaba entre mis piernas y me penetraba hasta el hartazgo, hasta que mis gemidos degeneraban en potentes alaridos que le espantaban el sueño a las palomas y a otras criaturas que rondaban de noche por la casa. En una de esas ocasiones, después de que él cayera de espaldas sobre su lado de la cama, yo tuve la certeza inaudita de que un nuevo ser había tomado posesión de mi cuerpo. Fue una sensación muy nítida, como una quemadura en mitad del pecho. Me coloqué de costado, hecha un ovillo, y miré al cielo a través de la ventana entreabierta. La luna llena refulgía entre retazos de nubes, como una moneda inmensa que ocupaba todo el cielo.

El niño que Ismael y yo engendramos aquella noche nació fuerte y sano, y recibió la bendición bautismal en la Parroquia del pueblo. Le pusimos Emmanuel en honor al padre de Ismael. Era una criatura despierta, de ojos intensamente azules y de pequeñas manos regordetas. La noticia de su nacimiento concitó la atención de todos en el pueblo, e inclusive atrajo a numerosos viajeros —muchos de ellos provenientes de recónditas regiones del planeta— que se presentaban en nuestra casa con regalos y ofrendas que Ismael consideraba desproporcionadas. Se corrió la voz de que era un niño tocado por la gracia de Dios, que hacía milagros sin querer y que podía quebrantar la voluntad de la Naturaleza. Yo nunca entendí de dónde salían esas conjeturas, porque nunca vi a mi hijo realizar ninguna proeza semejante. Para mí sólo era un niño común y corriente, que ensuciaba sus pañales y que vomitaba cada dos por tres.

—Son estupideces de la gente —dijo Ismael una vez, mientras caminábamos por la calle principal del pueblo en medio de numerosos ojos que nos seguían—. Cosas que se inventan ellos mismos para no

aburrirse.

—Y si son estúpideces como dices, ¿por qué la gente se conmueve tanto? Siempre he pensado que sólo lo auténtico tiene esa capacidad de conmover.

—No sabes nada del mundo, Adelaida...

Pasaron varios meses, muchos más de los que pude contar, y la fama de Emmanuel se incrementó hasta alcanzar dimensiones legendarias. En el mercado, en la farmacia y hasta en mitad de la calle, había gente que me detenía para solicitarme un encuentro en privado con mi hijo: tullidos, tuberculosos, impotentes. Yo me los quitaba de encima a empujones, explicándoles que mi hijo era un niño normal.

*

Mi hermana Cordelia llegó de visita ese verano. Una noche antes de su llegada, yo había tenido una pesadilla horrenda acerca de un hombre calvo que se asomaba a la cuna de Emmanuel con toda la intención de devorárselo. Yo me enfrentaba al desconocido, pero él me cogía violentamente por el cuello y me azotaba contra la pared. Él tenía una fuerza monstruosa, inhumana, y yo en sus manos no era más que un miserable esqueleto con algo de carne encima. Por eso, cuando bajé al patio para recibir a Cordelia, mi apariencia no era la más adecuada: estaba despeinada y ojerosa, y no había tenido tiempo más que para envolverme con una bata. Ni siquiera tenía ánimos para sonreír.

Cordelia había vivido desde siempre en la ciudad, y se distinguía por ser una mujer de personalidad extrovertida y muy relajada. Se dio cuenta de mi estado en el acto, antes incluso de que yo abriera la boca, y me recomendó una crema humectante para el cutis. No podía existir una respuesta más típica de ella que ésa.

—¿Y dónde está el pequeñín? —me preguntó, luego de besarme en ambas mejillas y de dejarme impregnada con su perfume de mujer de ciudad.

Vino acompañada por Henri, su marido norteamericano. Era un hombre espigado y fornido, y su rostro no poseía un solo rasgo que lo hiciera diferente o memorable: ni una cicatriz, ni una sola peca o mancha, ni una sola imperfección. Yo le encontraba cierto parecido a un actor de Hollywood, pero no recordaba el nombre.

—Está arriba, durmiendo —dije—. Duerme todo el tiempo.

Ismael también los saludó: a ella, con un comprensible nerviosismo; y a él, con un firme apretón de manos y con unas palmaditas en la espalda. Era un hombre muy culto y educado, pero nunca había podido despojarse

de ese sentimiento de inferioridad que lo asaltaba ante personas que se veían más felices que él.

Los cuatro, conversando y bromeando, pasamos al huerto a sentarnos alrededor de la enorme mesa campestre que Ismael había instalado allí, bajo la sombra del follaje de los árboles. Comimos solomillo a la parrilla y descorchamos la mejor botella de vino tinto. Cordelia nos habló acerca de su trabajo en una empresa multinacional y de cómo conoció a Henri en el lapso de un viaje de negocios que hizo a Washington D.C. También mencionó de pasada a sus dos hijos varones, que vivían en ese otro país.

—En cuanto culmine el contrato de Henri, nos mudaremos —dijo Cordelia, con la jovialidad de una adolescente—. A los Estados Unidos.

Hice un gesto como de conformidad, aunque no tenía idea de cómo era en realidad la vida en ese enorme país que aparecía en todas las películas.

—¿Y ustedes piensan quedarse en este lugar? —nos preguntó Henri, sin despegar los labios del borde de la copa.

—Para siempre —dijo Ismael, con una seguridad envidiable.

—En realidad, no estamos seguros —intervine.

—Me alegra mucho que lo estén pensando —dijo Cordelia, espantándose con una mano los mosquitos—. Este no es lugar para un niño pequeño.

—Definitivamente, no —la respaldó Henri.

La convivencia con mi hermana nunca había sido fácil. Mis recuerdos con ella, en casa de nuestros padres, eran en su mayoría horribles.

Yo siempre me había sentido disminuida en su presencia. Ella era más inteligente y más hermosa que yo, sacaba las mejores calificaciones en la escuela y todos los chicos del vecindario la seguían de cerca y la asediaban con proposiciones lujuriosas. A mí, en cambio, nadie me veía por segunda vez y nadie se tomaba la molestia de seguirme o de hablarme por lo menos. Yo no era inteligente ni bonita, ni siquiera era alegre o sociable. Ella era mayor que yo por casi siete años, pero eso no era impedimento para que mamá azuzara nuestra rivalidad —o, mejor dicho, mi terrible complejo de inferioridad— con comentarios maliciosos: “Deberías aprender de tu hermana, Adelaida. Los hombres no se equivocan en estas cosas, ellos siempre tienen la última palabra sobre el valor de las mujeres”. A los quince años salí embarazada de mi primer novio, y fue ella quien le dio la mala noticia a mamá. Juré nunca perdonarla por eso.

Le conté todas esas cosas a Ismael, una noche de insomnio compartido. Estábamos en la cama, tratando de conciliar el sueño. Él dejó sobre el velador el libro de poesía que estaba leyendo, y me confesó a bocajarro que detestaba a Cordelia y a Henri, a pesar de todos sus esfuerzos por aparentar todo lo contrario. No soportaba esos comentarios de Cordelia sobre inyecciones de bótox y cirugías plásticas que costaban un ojo de la cara. Tampoco soportaba los silencios de Henri, esa manera que tenía de mover la boca y los párpados, y esa vergonzosa —poco masculina, en todo caso— actitud de sometimiento ante las disposiciones de Cordelia. En su opinión, sólo un imbécil era capaz de obedecer ciegamente a una mujer como ésa. Yo le conté además que Cordelia era promiscua, que se había acostado con todos los hombres —aunque desde luego no se había privado de experimentar con algunas mujeres— que trabajaban con ella en la multinacional, y que no sentía nada por sus hijos. Ismael no necesitó de ninguna prueba para creerme: dijo que Cordelia era una influencia maligna dentro de la casa y que debíamos deshacernos de ella en cuanto se presentara una oportunidad.

—No le puedo decir que se vaya —le dije—. Es mi hermana.

—Eso no es más importante que nosotros dos —dijo Ismael—. Que la integridad de nuestra familia. Que la integridad de nuestro hijo.

—Tienes razón... Siempre tienes razón.

Él se inclinó sobre mí, y juntó sus labios con los míos. Era difícil creer que algo así pudiera considerarse un beso entre marido y mujer.

—Ahora, descansemos —dijo al fin, apartándose y cubriéndose por entero con la frazada—. Mañana será otro día. Hay que pedir a Dios.

Pensando en todas esas cosas, no pude conciliar el sueño. Me quedé recostada de espaldas, con los ojos fijos en el cielorraso. Ya era de madrugada cuando me pareció oír un ruido extraño desde la habitación de Emmanuel. Me levanté de la cama y me deslicé descalza a través del pasillo. Me detuve un instante ante la puerta de la habitación que ocupaban Cordelia y su marido, y me di cuenta de que el ruido provenía de allí. Era un murmullo, o algo parecido a un murmullo. Empujé la puerta unos centímetros, tratando de que los goznes no crujieran. Vi a mi hermana desnuda, de rodillas sobre la cama, con un aparato fálico amarrado con un cinturón de cuero negro a su cadera, y a Henri debajo de ella, soportando la inserción de ese pene de goma entre sus glúteos. Ella gemía en la oreja de él, y él se aferraba a una almohada para no gritar.

—¿Qué haces, amor? —me preguntó Ismael, apareciendo detrás de mí.

—Nada, nada —murmuré, cogiendo la manija para cerrar la puerta—.

Volvamos a dormir, por favor. Estoy muerta de sueño.

Dejé pasar algunos días más, casi dos semanas, antes de pensar en la manera más delicada posible de decirle a Cordelia que no deseaba tenerla más tiempo alojada en mi casa. Practiqué delante del espejo de mi ropero y hasta en la ducha, pero las palabras se me embrollaban en un monólogo absurdo y sentimental.

—Si quieres decirme algo, sólo dímelo —se impacientó una vez Cordelia—. Yo sé que me detestas, Adelaida. Pero yo te amo. Eres mi hermana pequeña y siempre te voy a amar, hasta el final de los tiempos. ¿Lo comprendes?

—No puedes pasar más tiempo en esta casa, Cordelia —dije, por fin—. Yo sé que me estoy portando como la peor hermana, pero...

—No digas más. Comprendo lo que dices. Pero, por favor, déjame estar contigo en el cumpleaños del niño. Después de la fiesta, me iré. Lo prometo.

Se refería a la fiesta que habíamos estado planeando por carta para conmemorar el primer año de Emmanuel. Ya no faltaba mucho.

—Está bien —asentí.

Al percibir mi exceso de escrúpulos, Ismael me interceptó en el pasillo y me llevó a rastras hasta la biblioteca. Cerró la puerta con pestillo y se puso a caminar en círculos, como un autómata. Traté de tranquilizarlo con la misma promesa que me había hecho Cordelia a mí, pero él alzó la voz y emitió un grito de rabia e indignación. Era la primera vez que lo veía en semejante estado. Me sentí horrorizada.

—Si no eres capaz de decirle a tu hermana que se largue, me veré en la obligación de hacerlo yo mismo —me dijo, dándome la espalda—. O, en el peor de los casos, tendré que traer a mis propios invitados. No te gustará.

Tendría que haberme detenido a pensar un poco más en la misteriosa advertencia de Ismael, pero una serie de extraños incidentes distrajo mi atención. El lunes, el perro de alguien murió inexplicablemente al brincar sobre nuestra cerca. El miércoles, todas las manzanas de nuestro huerto amanecieron podridas y agusanadas, y todas las peras se desprendieron del árbol antes de alcanzar su punto exacto de maduración. El jueves, una línea de sangre apareció en el empedrado de nuestro patio, espantando a todos los proveedores que se encontraban allí en ese instante. Para el viernes los ánimos estaban caldeados y nadie en realidad tenía ganas de celebrar nada. Yo empecé a sentir un ligero malestar en la cabeza y en las sienes, en los hombros y en las piernas, y en ese punto de mi cuerpo que

servía de umbral a mis deseos más íntimos. Me puse mucho más nerviosa que de costumbre, como si existiera un motivo que me obligara a permanecer en estado de alerta permanente, y me dio por percibir presencias extrañas —o fantasmas, por más ridículo que sonara— dentro de la casa, en los pasillos, en las habitaciones e incluso en la cocina. Se lo dije a Ismael y él se burló de mí.

—¿Fantasmas? —inquirió, burlón—. No estamos en el Medioevo.

—Llámalos como tú quieras, Ismael —repliqué, cada vez más enloquecida—. Pero lo que te estoy diciendo es verdad. Hay alguien dentro de la casa.

El día del cumpleaños de Emmanuel amaneció nublado en el pueblo, las casas se cubrieron con una espuma blanca, y desde el cielo cayó una lluvia fina y espaciada, como imperceptibles agujas. Durante la mañana me sentí enferma y mareada, me dio fiebre y se me nubló la vista, pero eso no impidió que me encerrara en la cocina desde temprano para empezar con los preparativos de la fiesta. Pelé un saco entero de manzanas e hice varias tartas, utilizando además la masa azucarada que había dejado lista en la parte de arriba de la nevera desde la noche anterior. Horneé rollos de canela, profiteroles, y unas capas de bizcochuelo de chocolate que me servirían para ensamblar la torta. Al cabo de muchas horas de trabajo, mientras veía salir del horno hasta el último rollo de canela y el último profiterol, perdí la consciencia y terminé desmayada en el suelo. La calidez del horno me mantuvo abrigada y tranquila.

Entre la una y las dos de la tarde, Ismael debió haber entrado en la cocina para ver cómo andaba yo con el trabajo pesado y, al encontrarme en ese estado, me levantó entre sus brazos y me llevó así hasta nuestra habitación. Me encontré de pronto recostada en la cama, con el cuerpo ladeado y los ojos cerrados con fuerza. Ismael me cubrió con una manta de lana y me aconsejó que no me levantara por nada del mundo, él era médico y sabía reconocer los síntomas más comunes de la fatiga. Le dije, en un cobarde hilillo de voz, que yo no podía estar ausente en el cumpleaños de mi único hijo. ¿Qué diría la gente de mí? Él me besó en la frente, con una dulzura extraña.

—Sólo duerme, mi amor —me dijo.

—¿Y Emmanuel? —pregunté.

No obtuve respuesta.

Por la tarde, el llanto de un niño me despertó. Era el llanto de Emmanuel, yo estaba segura de eso y nada podría haber hecho que no lo reconociera.

Me levanté de la cama, sin reparar en mi propio estado y en ese halo de vapor que entorpecía mi vista. Acudí a la habitación de Emmanuel, pero no lo encontré en su cuna ni en el pequeño mueble de patas combadas donde lo colocábamos para cambiarle los pañales. Levanté frazadas y sábanas, tiré todas las almohadas al suelo y empujé una silla contra la pared. Sólo entonces entendí que mi hijo debía estar en algún otro lugar dentro de esta casa. ¿En la sala? ¿En la cocina? ¿En el jardín?

Bajé por las escaleras, escalón por escalón, con cuidado para no tropezarme. En la sala me encontré con Cordelia y con Henri, que se habían pasado toda la tarde buscando el regalo más apropiado para Emmanuel en la única juguetería del pueblo. Sin siquiera saludarlos, me dirigí a la cocina. Ellos no parecían dispuestos a levantarse del sillón, ni a renunciar a todo el aire fresco que se respiraba allí, debajo del ventilador de aspas que pendía desde el cielorraso como un helicóptero colgado de cabeza.

—¿Te pasa algo, Adelaida? —me preguntó Cordelia, con un vaso de whisky entre las manos—. Pareces nerviosa. ¿Quieres que te prepare un té?

En la cocina, comencé a desesperarme. Tiré algunas ollas al suelo, rompí toda una pila de platos y tazas, y golpeé las paredes hasta cansarme.

Cordelia y Henri vinieron en mi ayuda, alarmados, y trataron de apaciguarme con la cantinela de que el mocoso no podía haber desaparecido así como así, como por arte de magia: si no estaba dentro de la casa, como yo decía, lo más probable era que Ismael se lo hubiera llevado a dar una vuelta o algo por el estilo. ¿Por qué las mujeres siempre teníamos la manía de pensar siempre en lo peor?

Y, sin embargo, una hora después Ismael llegó a casa y nos dijo que no había visto al niño desde la tarde. Había salido a dar una vuelta, pero solo. Bañada en lágrimas, me abracé a él y le conté todo, todo. Agregué que Henri, Cordelia y yo lo habíamos buscado por toda la casa y alrededores. Pero todo era culpa mía, nada más que mía, por no haber estado allí para cuidarlo. Yo era su madre, y mi mayor obligación en el mundo consistía en protegerlo de todo y de todos, incluso de sí mismo.

—Esto no puede ocurrir —dijo Cordelia—. Hay que llamar a la policía.

Ismael dijo que organizaría una búsqueda con otros hombres del pueblo. Henri lo secundó. Ambos salieron a la noche con linternas y armas.

Yo me quedé en compañía de Cordelia. Ella me consoló, acariciándome el

cabello y secándome los ojos con un pañuelo.

El pueblo entero se despertó. La noticia de la desaparición de mi hijo se propagó de boca en boca en cuestión de minutos. Recibí visitas de otras mujeres que me ofrecían su apoyo; muchas de ellas, además, me aseguraron que sus maridos se habían unido al grupo de búsqueda liderado por Ismael. Una patrulla de la policía se estacionó sobre el empedrado del patio, se bajaron dos oficiales en ropa casual y me interrogaron acerca de lo sucedido. Traté de explicar los hechos tal y como los recordaba, pero la voz se me quebró más de una vez y Cordelia tuvo que hablar por mí.

A medianoche, recibí una llamada de Ismael. Otra patrulla de la policía me llevó a un sombrío descampado que había en las afueras del pueblo, del otro lado de los cerros. Custodiada por dos oficiales en uniforme, me interné entre los montículos de basura y los arbustos y los esqueletos de árboles. Uno de los policías levantó un trozo de plástico azul, que estaba extendido sobre el suelo, mientras que el otro alumbraba hacia allí con una linterna de carburo. Ante mis ojos apareció una masa de carne carbonizada, la cual poseía como único rasgo humano una cabeza grande y redonda como la de Emmanuel. Me llevé las manos a la boca, horrorizada. Los dos policías tuvieron que sostenerme con mucha fuerza. Ismael llegó a la escena en cuestión de unos minutos, pero no tuve cómo explicarle lo que había visto debajo del plástico azul. Se acercó a mí sin decir palabra, y se acuclilló delante del presunto cadáver de nuestro único hijo.

—No lo mires, Ismael —le rogué, acariciándole la cabeza.

Al volver a casa, no quise ver a nadie y me encerré en mi habitación. Me acosté de lado en mi cama, de cara a la ventana, y me quedé dormida deseando que todo no fuera más que una pesadilla. En algún momento de la noche, Ismael entró también en nuestra habitación y se recostó junto a mí, envolviéndome con sus fuertes brazos. En un susurro casi inaudible, en un hilillo de voz que se escurría como lluvia fina entre el follaje de los árboles, me dijo que en realidad nuestro hijo no estaba muerto.

—Ellos se lo llevaron —agregó.

—¿Ellos? —inquirí, desconcertada. Me incorporé sobre la cama, hasta que toda la superficie de mi rostro se llenó de luz de luna—. ¿Ellos?

Él no pronunció una palabra más. Yo podría haberlo despertado para exigirle una explicación, pero no lo hice y volví a recostarme en mi lado de la cama.

A la mañana siguiente, Ismael me recibió en el comedor con un beso en la mejilla y con un cálido abrazo que me levantó varios centímetros por

encima del suelo. Estaba vestido ya para el velorio, con camisa de manga larga, saco y pantalón negro. Sirvió dos tazas de café, una para mí y otra para él. Tomó un sorbo y me aconsejó que tomara un sorbo también, porque el día sería largo, interminable, y tendríamos que mantenernos despiertos durante por lo menos veinticuatro horas. Ésa era la costumbre del pueblo, y nosotros no podíamos ni queríamos ir en contra de todo eso.

Miré alrededor. Los crespones negros y las coronas fúnebres adornaban todas las ventanas y paredes con un terrible destello luctuoso.

—¿Dónde está Emmanuel? —le pregunté.

—¿De qué hablas, Adelaida? —dijo él, extrañado—. Tú misma lo viste anoche allí, en el terreno baldío. ¿No lo recuerdas?

—Ése no era nuestro hijo, ¿verdad? Y tú lo sabías...

—¡Por Dios, Adelaida! Yo comprendo que tú...

En eso, antes de que él pudiera impedírmelo, cogí un cuchillo de la mesa y coloqué la hoja contra su cuello, amenazándolo con la mirada.

—¿Dónde está mi hijo? —le pregunté—. ¿Qué hiciste con mi hijo?

Él me despojó de mi arma y me inmovilizó contra la mesa en cuestión de segundos. Yo grité y traté de resistirme, pero él era más fuerte que yo.

—Emmanuel no nos pertenecía, Adelaida —dijo él—. Entiéndelo, por favor.

—Dios mío, eres un demente...

—Él era un regalo de Dios, y Dios tuvo que llevárselo.

—¡Eres un demente!

—Ellos lo tienen ahora, y no puedes hacer nada —dijo Ismael, liberándome al fin de sus manos—. Ellos nunca te dejarán verlo. Nunca.

—¿Quiénes son... ellos? —tartamudeé.

Cordelia apareció en lo alto de las escaleras, como un espectro. Me volví hacia ella, sin entender aún cuál era su verdadero papel en el escenario de mi desdicha, y tuve que esforzarme para distinguir las lágrimas que rodaban por su rostro.

*

Cumplí treinta años en marzo. Cordelia volvió de visita para esa fecha, y me dijo que se quedaría en la casa por al menos un par de meses y que por nada del mundo se iría de improviso como la vez anterior. Vino acompañada por un muchacho de veinte años, que trabajaba para ella como asistente. Se llamaba Oliver. Era alto y esbelto como un delfín, perfecto y hermoso hasta en sus detalles más pequeños. Lo primero que hizo él, después de saludarme con un beso en la mejilla y de hacer un par de bromas acerca de mi cabello, fue desnudarse allí mismo, delante de mí y de Cordelia. Me miró de arriba hacia abajo, sin siquiera ruborizarse, y me preguntó dónde quedaba el baño: el viaje había sido largo y deseaba tomar una ducha. Le indiqué el camino, con nerviosa amabilidad. Él se alejó de nosotras a través del pasillo, sonriéndome con descaro.

No había pasado un año desde la última vez que nos vimos, pero Cordelia parecía mucho mayor. Le habían salido patas de gallo en ambos ojos, y una profunda sombra de cansancio parecía haber reemplazado a su antigua y tan conocida vitalidad.

—No es muy inteligente, pero es bueno en la cama —comentó, acerca de su nuevo marido, aunque ella jamás lo habría llamado así.

—Parece muy joven...

—Es muy joven, en efecto. Pero no me importa...

Esa noche se me hizo imposible conciliar el sueño, porque Cordelia y Oliver —que se habían instalado en la misma habitación que habíamos ocupado Ismael y yo alguna vez— no dejaban de hacer el amor como un par de adolescentes. Ella gritaba, con toda la energía de su voz, y él gemía excitadísimo, como si estuviera a punto de venirse cada dos segundos. Sentí por un momento la tentación de levantarme, atravesar el pasillo y asomarme por una rendija de la puerta para espiarlos. Pero logré entrar en razón y me cubrí por entero con mi frazada de recuadros azules y verdes. La ausencia de Ismael me dolía, sobre todo cuando pensaba en las pulsiones de mi cuerpo ansioso y reprimido. Él estaba en la habitación contigua a la mía, pero no podíamos hablar.

Durante la siguiente noche, Oliver me visitó en mi habitación y se colocó desnudo sobre mí. Me pasó la lengua por la cara, por el cuello, por entre los senos. Me preguntó cuál era mi nombre, y yo le respondí que Adelaida. Un lindo nombre, dijo él, besándome en el cuello y acariciando mis senos. Yo seguía un poco dormida, aunque una parte de mi cerebro había despertado ya y se encargaba ahora de expresar con palabras algunos de los sentimientos que sólo me asaltaban entre sueños. Le dije que deseaba sentir su pene erecto dentro de mí, su pene largo y grueso que palparía contra los labios de mi vagina. Él se zambulló dentro de mí, entre mis

piernas. Me succionó, hasta arrancarme un gemido de placer. Me abracé a su espalda y le dije que deseaba tener un hijo otra vez, porque el anterior había desaparecido entre los rincones de mi propia imaginación. Ya ni siquiera estaba segura de que hubiera existido alguna vez.

—Él te está esperando desde hace mucho tiempo —me dijo Oliver al oído, después de penetrarme y de que yo gimiera—. Te está esperando...

—¿A quién te refieres? —le pregunté, resistiendo los intensos estallidos de placer que empezaron a suscitarse por todo mi cuerpo.

Tal vez lo imaginé, pero él respondió a mi pregunta pronunciando con claridad la única palabra que tenía el poder de estremecerme: "Emmanuel".

—Tu hijo te está esperando...

Me costó unos días decidirme, pero cuando por fin lo hice me amarré un pañuelo en la cabeza —a modo de babushka— y me puse unos lentes oscuros. Me contemplé sin el más ligero rastro de vanidad en el espejo de cuerpo entero de mi ropero, examiné mi aspecto y mi capacidad para fingir o para adoptar actitudes que no me pertenecían, y caí en la cuenta de que siempre había estado lista. Mi hijo esperaba por mí.

Antes de bajar al primer piso, entré a la habitación de Ismael. Lo encontré sentado en su mecedora de roble, junto a la ventana. No había pronunciado una sola palabra en demasiado tiempo, desde el día en que lo encontré llorando bajo uno de los árboles del huerto, y yo había perdido ya toda esperanza de volver a oír su voz. Se había convertido en una pálida sombra de sí mismo.

—Estoy a punto de irme, Ismael —le dije, desde el umbral—. Tal vez no te importe, entiendo que así sea, pero quería que lo supieras...

Pero Ismael no se dio por aludido y siguió observando fijamente los movimientos de las alondras dentro del follaje de ese árbol que podía vislumbrarse desde su ventana. Era ése el mismo árbol que provocó una vez la muerte de uno de los niños que venían a jugar en nuestra casa: el maldito Árbol de la Ciencia.

En el huerto calcinado por la luz del verano, me encontré con Cordelia y con Oliver. Ella estaba acostada de largo sobre una perezosa de madera, y sólo traía encima la pieza inferior de su bikini; y él, sentado junto a ella, untaba crema bronceadora en una de sus piernas. Ninguno de los dos parecía sorprendido de verme.

—Ellos nunca te dejarán verlo, Adelaida —dijo Cordelia, sin siquiera abrir

los ojos, sin demostrar la menor intención de levantarse.

La miré por encima de la montura de mis lentes.

Oliver me sonrió, sin malicia.

—Tengo que intentarlo —repliqué.

Me subí al auto de Cordelia, un Grand Vitara rojo que estaba estacionado sobre el empedrado del patio, junto a los restos de una línea de sangre.

Salí de la propiedad y del pueblo, y desde allí conduje en línea recta a través de la carretera, con dirección a la ciudad. Pensé en mi hijo, en el hijo que había perdido y en el que ahora germinaba en mi vientre. Nunca más miraría para atrás.